

cuando con su ser peleaba; está ya entablada la quimera, pues el ser solo es una especie de extraña bacteria que incluso llega a ser rechazado por el cuerpo social que habita, como la consabida leyenda de la oca que se queda sin pareja y a quien su comunidad repudia.

Reza la contraportada de *Los ojos del diablo* que la novela de Jorge Andrade es la historia de una seducción que nunca llega a consumarse. A la larga el lector comprenderá por qué es así. Y digo comprenderá, pues la obra es todo un ejercicio de interpretación de situaciones localizadas en diferentes dimensiones de lo real y lo mágico. Los dos protagonistas, Amadeo y Eleonora, son asiduos clientes de una terraza. Alrededor del café o la cerveza que cada uno consume en mesas distintas, se va gestando una aproximación que logra materializarse en lo imaginario. Las conclusiones del irreal noviazgo son servidas a poco del comienzo de la narración para después ir desgranando pasajes en que los personajes son retratados con fidelidad y es aquí donde la obra gana en calidad artística. Creo que si el autor se hubiera atendido a que su novela hubiese sido llevada por un solo personaje, la trama no correría el peligro de densidad en que en ocasiones cae. Pero al trasladar intermitentemente la acción de un ritmo a otro y al barajar dimensiones tanto en el tiempo como en el espacio, ciertos aspectos que se están deseando tengan un desenlace se esfuman, para que el pasaje a continuación sea leído como de mero trámite, en espera que en uno más afortunado se nos entregue aquello que páginas atrás se nos hurtó.

Amadeo, en su afán de conquistar a Eleonora, busca la sabia asesoría de unas gentes que componen una heterogénea familia; M. Anatole, negociante de to-

das las cosas de la vida y de la muerte; Remigio-no, enano atípico (como él mismo se define al hacer una genial clasificación de los enanos) que hace de lugarteniente del anterior; y Celestina, nombre que ya delata su oficio y a quien todos veneran y llaman la madre. Los consejos de esta última no difieren mucho de las tópicas artimañas para la conquista de mujeres que, no obstante, Amadeo toma, recicla y hasta saca provecho de ellos.

Lo interesante de esta casa son los personajes que la habitan y es cuando da lástima que no sean ellos los conductores de la obra dada la filosofía con que están contruidos. Se echan de menos cuando el protagonismo es ocupado por la familia de Amadeo, cuyas vidas nada de genial aportan y sí llegan a cansar. Es aquí donde la novela flaquea; no sólo por lo de poco interesante que se aporta en estos estrictos pasajes, sino porque los usos del lenguaje no están nada justificados. Jorge Andrade es argentino y residente en España. Como ya va siendo usual en los escritores latinoamericanos que viven aquí, su literatura se nutre del ambiente y es así como sus personajes conjugan la segunda persona del plural: vosotros... Así, la familia en cuestión a veces se trata de tú, de vos, etcétera, en un escenario que nunca acabamos de identificar como español o argentino.

Los ojos del diablo mereció el premio Benito Pérez Galdós del Cabildo Insular de Gran Canaria en 1986. Amadeo ve los ojos del diablo en interregnos a que magistralmente llega la narración, recurso que subsana los desajustes en que accidentalmente cae la novela.

Miguel Manrique

Preguntas al azar

Mario Benedetti

Madrid, Visor Libros, 1986.

Ochenta poemas y canciones constituyen este último libro de Benedetti. El volumen incluye, asimismo, varias letras de canciones que integran el actual repertorio de Nacha Guevara y el de Joan Manuel Serrat, respectivamente.

Un hilo común agrupa este poemario y es el proceso del reencuentro con el país de origen. Pasado, presente y futuro confluyen en el momento poético. El libro se abre con una primera parte, «Expectativas», donde el poeta se prepara para iniciar el viaje de regreso: «Hallaré a tantos / como se proponga / la piel de mis quimeras».

A su llegada en «Rescates» el poeta recoge pedazos de realidad que trata de integrar a la totalidad de su ser: «Lo reconstruyo todo signo a signo / Y así

me reconozco todavía / en estas calles que caminan lentas / por el otoño tantas veces dicho». Los cuadros, los almanaques, las viejas cortinas, los cristales, los muebles cubiertos de polvo forman parte de una cotidianeidad recobrada que se renueva en la magia de la poesía.

Los sillones vacíos que recuerdan las ausencias y el espejo que encierra misteriosos secretos son elementos con los que el poeta saborea las claves del regreso. En «País después» el espejo devuelve la imagen que tenemos de nosotros mismos: «Tu espejo es un sagaz / Te sabe poro a poro / te desarregla el ceño / te bien quiere». Quien regresa se siente huésped de sí mismo, se entrega a la ensoñación y al despertar, todo se renueva a su ojos. En «La vida ese paréntesis» el poeta designa las cosas como si al hacerlo les diera por primera vez un nombre. Ulises vuelve a su Itaca natal y se reconoce en los otros: «Esta es mi casa / No cabe la menor duda / aquí revivo

«aquí sucedo / esta es mi casa detenida / en un capítulo del tiempo». Y en ese retorno jubiloso el poeta reinicia su ciclo vital, diciéndole «chau» al pesimismo.

De Pe a Pa (o de Pekín a París)

Luisa Futoransky

Barcelona, Editorial Anagrama, 1986.

El héroe novelesco de comienzos del siglo irrumpe en la ciudad, escenario de sus sueños y de sus fracasos. Así, en la profunda trivialidad de un Leopold Bloom está la ciudad de Dublín. Están también el laberíntico Dédalus y los instintivos impulsos de Molly. Se trata de una ciudad que pertenece a sus héroes y que, de alguna forma, los explica puesto que ella misma es su reflejo, en la medida en que está hecha a su imagen y semejanza.

No obstante, el París que ilustra Luisa Futoransky no pertenece ni al personaje ni mucho menos a la autora, quien ya ha escrito varios libros de poemas y otros textos narrativos, *Son cuentos chinos* y *De Pe a Pa*, este último finalista en el premio Herralde de novela. En este caso se trata de una ciudad que rechazó al extranjero, obstaculizando sus tentativas de echar raíces y de integrarse a la comunidad de los hombres, sin que su condición tercermundista se mire con menosprecio.

Evidentemente, se respiran el desarraigo y la soledad. Nada extraordinario sucede a Luisa Kaplansky, esta especie de antihéroe con faldas. La historia se inicia con la llegada al París de los sueños, curioso espacio de la geografía de donde —se dice a los niños— vienen los bebés. La protagonista busca casa, amigos y trabajo, en definitiva, un espacio donde realizar sus sueños. Es muy poco lo que posee Laura, mujer nada agraciada, cuarentona, gorda y, para colmo de males, con pretensiones de escritora. Sólo le quedan el recuerdo de dos abortos y la ausencia de dos amores inaprehensibles, además de unas frágiles relaciones con escritores e intelectuales latinoamericanos. Tampoco sucede nada extraordinario con la aparición de este libro que se suma al conjunto de obras cuyo tema es el exilio latinoamericano en Europa. Aparte de unos ingeniosos juegos de palabras y de ciertos chispazos de buen humor, la novela no deja de ser más que una trivial evocación de las grandezas y miserias de cualquier latinoamericano en París.

Como una brisa triste

Eugenio Suárez Galbán

Madrid, Editorial Fundamentos, 1986.

La diversidad de temas, ambientes y épocas es la característica fundamental de estos nueve relatos. El autor evoca la guerra civil, escenario de la muerte del poeta Lorca, hasta la ciudad de Nueva York donde caen los exiliados cubanos, contrarios a la revolución. Canarias, Granada, La Habana, Madrid o Vietnam son sitios donde transcurren las vidas de los personajes.

En «Canción de las siete islas» es María de Mayo, una prostituta, quien nos conduce por los caminos de su memoria, entrelazando unos hechos con otros hasta armar su propia historia. Una mujer abandonada por el amado que lleva en sus entrañas el recuerdo de su hijo muerto. El fantasma del hombre que jamás regresó la perseguirá a lo largo de su amarga existencia. El relato nos lleva hasta la trágica evidencia de un cuerpo que envejece irremediabilmente.

En «La gran bronca paya» son los gitanos quienes cuentan sus miserias en un mundo que no acabará de aceptarlos. El Madrid de los años setenta es el lugar donde se desenvuelven los personajes de «Una Vaguada para el Guru». En el barrio El Pilar un grupo de jóvenes se ve aplastado por la realidad de una ciudad que al crecer destruye parte de sus ilusiones y de su razón de ser. Suárez Galbán recoge aquí interesantes aspectos del habla popular a través de los cuales se reflejan las costumbres de un grupo social de extracción provinciana que trata de integrarse a la nueva forma de vida que se le ofrece.

Finalmente, en «Siguiendo la huella de William» apreciamos los pormenores de la revolución cubana en la figura de Fuenteventura Rodríguez, un boxeador sin ninguna ideología definida que acaba siendo utilizado por los enemigos del nuevo orden: a su alrededor pulula la mafia del boxeo para la que los hombres no son más que una fuente de riqueza. En un estilo lírico, por así decirlo, el autor presenta unas historias donde hombres y mujeres dejan pasar su frágil existencia.

Los rezagados

Ramón Rubín

México, Editorial Diana, 1983.

En este libro de relatos se nos revela la bondad, la ternura, la ingenuidad y la magia de los sentimientos indígenas. En las narraciones de Rubín se pueden apreciar la fuerza y la riqueza del origen del campesino que tiene su propia visión del mundo y su particular filosofía de la vida.

La presencia de la muerte ronda en «Los dos que- renes» donde el más allá es el espacio en el que no faltarán «... el frijol, el maíz, las coles y el “pozol”...» elementos básicos en la cultura indígena. Como el mito, las historias de Rubín relatan acontecimientos acaecidos por primera vez y esto nos permite encontrarnos y reencontrarnos en cada una de sus palabras. En «Flor de Péchica» Pargo Renchido vive con agobio el deseo de poseer a la mujer de su hermano que a sus ojos se presenta más seductora, en tanto más ajena, y enardecido por los apremios de la posesión, desgarró sus vestiduras y la hace suya en un extraño ritual que resulta bárbaro y escandaloso a quien desconoce los tormentos de su pasión.

«La caja mágica» nos presenta la historia de venganzas y asesinatos absurdos. No obstante, hay tanta ternura en el tratamiento del tema que no podemos sentir por el personaje otra cosa distinta del afecto. El indio José Gaspar acaba su existencia en un dulce y melancólico cautiverio, fascinado por las mágicas

melodías que salen de un rústico y precario aparato de radio.

La necesidad de afirmarse en sus ancestros indígenas lleva a Flor Martínez Caminante, en «Imposible retorno», a convivir con sus hermanos tzeltales, aunque su cultura le resulte algunas veces extraña. Sin poderse integrar tampoco en la comunidad de los «ladinos», Flor, la hija de un caminante, cuya identidad desconoce, contrae nupcias con un indígena a quien no ama.

Con *Los rezagados* se nos despierta la capacidad de asombro y de fascinación al descubrir el universo que nos presenta este escritor mexicano.

Prosas apátridas

Julio Ramón Ribeyro

Barcelona, Tusquets Editores, 1986.

Si para el autor de *Prosas apátridas*, vivir no es más que enfrentarse a un juego cuyas reglas se le escapan, su obra es, en consecuencia, un intento por descifrar el acertijo que rige las acciones de los hombres. Ribeyro quiere abarcarlo todo acerca del ser humano: la amistad, el amor, la muerte, la infancia, la cultura, la vida cotidiana, los libros, los vicios y las virtudes, los sueños y las frustraciones de sus contemporáneos.

Ciudadano del mundo, este escritor peruano nos recuerda a algunos escritores y filósofos decimonónicos, no sólo por su lenguaje, sino también por el tratamiento de los temas. Los aforismos de Nietzsche o la deliciosa prosa de Gómez Carrillo parecen conformar la atmósfera de estas prosas: «Mientras más conozco a las mujeres, más me asombran. Si no se produce alguna mutación en el género humano, estos hombrecillos que entre las piernas, en lugar de nuestro colgajo tienen un surco, un estuche, seguirán siendo enigmáticos, caprichosos, tontos, geniales, ridículos, en fin, para decirlo en una palabra, maravillosos».

En estos apuntes sueltos, que también podrían ser un diario íntimo, se va perfilando la imagen de un escritor y la esencia de una experiencia literaria que encuentra en la reflexión una forma de expresión: «entrar en una librería es pavoroso y paralizante para cualquier escritor, es como la antesala del olvido...» Tales definiciones no dejan de sorprendernos y de deleitarnos en algunas ocasiones; «la locura en muchos casos no consiste en carecer de la razón, sino en querer llevar la razón que uno tiene hasta sus últimas consecuencias».

Desde la ventana del universo, Ribeyro parece observar con curiosidad científica el espectáculo de la vida, la muerte, el placer, el dolor, la felicidad o la desgracia. Sus asombrados ojos quieren aprehender esa infinita representación que es la existencia humana.

La casa del tiempo

Salvador Garmendia

Madrid, Editorial Montaña Mágica, 1986.

Este último libro de cuentos de Salvador Garmendia constituye una verdadera poética del espacio, en tanto ilustra, a través de las distintas casas, universos cargados de recuerdos en los que transcurre la intimidad de los personajes. Los valores de estas realidades se ven superados por la imaginación. Así ocurre en el misterioso laboratorio donde el tío juega a ser perfumista en «Tío Lencho». En el mismo lugar encontramos el taller de costura de la madre, visto a través de un agujero que ofrece a la mente infantil la posibilidad de abandonarse al ensueño.

Las casas de estos cuentos se viven en su virtualidad con el pensamiento, con los sueños y con el recuerdo. En «La vida de Bartola» los rincones, los cuartos y los corredores están marcados por su presencia o su ausencia y en «Claudina pone oficio» nos encontramos con un personaje que desde la puerta de su casa ausculta el panorama de su cueva interior, esperando la llegada de la noche. Los pasillos han sido repetidos por sus pies que infinidad de veces siguen las huellas de la memoria.

Pensiones atendidas por viejas solteras son también escenario de vidas que se apagan, dejando el rastro de su sombra. En «La casa del tiempo» el personaje reconstruye la rota geometría de una casa derruida. Camina por entre los escombros, armando sus recuerdos, recogiendo pedazos de paredes que alguna vez albergaron secretos y una especie de atracción de imágenes se concentra en torno a la representación de lo que alguna vez fue una casa.

El autor dibuja espacios, señalando aspectos pintorescos, además de variadas formas de habitar o de enraizarse día a día en un rincón del mundo. Los cuartos, los rincones, los sótanos o los refugios guardan valores de un rico y desbordante onirismo. El pasado surge de los escombros de *La casa del tiempo* y su recuerdo permite evocar fulgores de ensoñación que iluminan la síntesis de lo inmemorial.

Año nuevo en Nueva York

Enrique Medina

Buenos Aires, Milton Editores, 1986.

Nueva York, la Meca de artistas e intelectuales, es el escenario donde se desenvuelven los personajes de esta novela. Ella, una estriptisera y él, un pintor latinoamericano, se dejan llevar por el influjo que sobre los dos ejerce la ciudad. Nada sabemos de las luchas de este pintor por abrirse camino en un país donde tanto cuentan el éxito y el prestigio. Allí todo se compra y todo se vende.

El protagonista se desplaza por los subterráneos en los que se vende sexo hasta por un dólar. Su apetito insaciable parece no estar jamás satisfecho. Los cines porno, los cabarets, los bajos del Bronx y el *Harmony Burlesk* —lugar donde conoce a la estriptisera— son sitios donde oficinistas, obreros jubilados y vagos solitarios van en busca del placer.

En esta desbordante ciudad el amor pasa fugazmente, sin dejar espacio al recuerdo o a la nostalgia. Allí tampoco cuentan los nombres de los personajes, sus logros o sus fracasos. El sexo parece ser el nexo de unión entre los hombres. Un sexo frágil que se puede comprar y desechar más tarde. No hay comunicación y por lo tanto poco sabemos de la gente.

Medina es monotemático en materia de sexo y llega a saturarnos en su búsqueda constante de goces de la carne. La novela no alcanza a imprimir verosimilitud al protagonista. La presencia de la ciudad parece dominar la atmósfera de la historia. Nueva York, ciudad que sólo vive para el presente, es la protagonista. El personaje se pierde entre sus calles, junto con los borrachos que siguen el compás marcado por la ciudad mítica. A un lado se levanta imponente Manhattan con los edificios de cristal y a los pies fluye el río Hudson, el único que se resiste al paso del tiempo.

El buen mundar

Carlos Germán Belli

Madrid, Ediciones Tapir, 1986.

La presencia de la Naturaleza es la característica de estos poemas que no dejan de recordarnos la atmósfera del romancero español. El poeta parte de la tierra como materia y fundamento hasta llegar al sentimiento. En «Del lecho botánico al lecho humano» el mundo es concebido como una hermosa huerta y a cada ser se equipara una planta: «Esta noche dispone el hortelano / que en el lecho botánico se enlacen / de arriba abajo escrupulosamente / como una sola planta que florece».

El amor parece estar sujeto a ajenos designios. No obstante guarda dentro de sí una fortaleza que le permite sobrevivir: «A la par velozmente en un instante / lejos dejan el reino original, / y ya no serán dos marchitas plantas, / pues por amor los pétalos y ramas / principian a ser brazos que se ciñen / por encima de mares y montañas».

En «Las migajas del rey sumerio» se mantiene la misma línea. Se canta a lo terrígeno, al trigo que se convierte en pan, alimento de los hombres. La tierra como fuente de vida. El poeta se muestra sorprendido ante la perfección de la Naturaleza. Su canto cobra acentos religiosos: «Que ni un instante vuelva atrás la vida, / ni menos tú, Canción mía, otra vez / clamando por los restos; / y aunque muy tarde los

devore hambriento, / temprano yo diviso / ahora el Edén al comer por fin / migajuela de migajuela. Amén».

El poeta hace de elementos sencillos la materia de sus versos. La rosa, el olmo, el viento o el lecho de hojarasca conforman su canto. Del mismo modo, el trigo que al convertirse en blanca harina es amasado y sale del horno transformado en el crujiente pan cuyas solas migajas son motivo de felicidad.

Reino sentimental

Luis O. Tedesco

Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1986.

Este último libro de poemas de Tedesco gita en torno a la mujer cuya presencia alimenta el amor. Se trata de un sentimiento momentáneo e intermitente. El recuerdo de Noemí en «Relato sobre Noemí» permite armar una historia de amor y de muerte: «Noemí es el tema, la imagen escrita, / el descanso ritual de sus ojeras / en el quebrado suspiro del poema».

El poeta quiere recuperar la imagen de la mujer aunque es plenamente consciente de que «... el amor sucede siempre en otro tiempo». La evocación del pasado guarda una amarga desesperación: «Te tocan mis manos, te abriga el papel, / toda tu saliva lava el lejano / temblor que penetra... Noemí: / en el cuidado romance de la muerte / tuya es mi sílaba, mi parodia, mi regreso».

En «Vida en común» continúa cantando al amor pero alimentándolo de un erotismo que parece agonizar en la cotidianidad: «Tu amor y mi amor / con zapatillas de entrecasa / trotando en la luz, buscando comida». La ternura que acompaña a estos versos renueva permanentemente el amor: «La pura ternura / del té, el primoroso / rubor de luz sobre la seda».

Luis Tedesco descubre la poesía en los elementos que conforman el diario ritual del existir: «La cocina blanca, el comedor marrón, / las sábanas trazando el infinito / bosque sensual, el paseo imprescindible», apuntando hacia lo cósmico en un intento por romper la monotonía de las horas muertas. Lo cotidiano y lo cósmico se entrelazan en estos poemas: «Humo pegajoso del deseo, / línea gris de tu sencillo / batón de tierra cruda, / en los que aflora la ternura».

Consuelo Triviño.

Las culturas populares en el capitalismo

Néstor García Canclini

Ed. Nueva Imagen. México, 1984 (2.ª ed.)

En este ensayo, el autor elabora su estrategia analítica de las fiestas tarasacas, en Michoacán, México, a partir del estudio de campo practicado entre 1977 y 1980. Desde una perspectiva antropológica y so-

ciológica fundamentalmente, pero que también se nutre de reflexiones filosóficas y políticas sobre la cultura, aborda el examen de los condicionamientos que la enmarcan como su carácter de instrumento reproductor de relaciones sociales objetivas.

Tiene particular interés el repaso inicial a las diferentes conceptualizaciones antropológicas respecto de la cultura, «resultado paradójico de la expansión im-